

Sobre el fracaso de una nación

Avatares de la memoria cultural en Colombia. Formas simbólicas del Estado, museos y canon literario

CARLOS RINCÓN

Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2015, 495 págs.

EL LIBRO del Carlos Rincón –distinguido profesor colombiano que por largos años ejerció la docencia y la investigación en Alemania– se ofrece como una síntesis de un problema complejo y polémico: la memoria cultural de los colombianos, o, más exactamente, de la nación colombiana. Pero hay que interpretar bien la palabra *síntesis*: no se trata de un resumen de la bibliografía secundaria existente. Todo lo contrario: se trata de una investigación que se apoya en un vasto conocimiento de la literatura internacional –no solo alemana– al respecto y de una inmersión relativamente cuidadosa en un conjunto amplio de fuentes históricas primarias sobre el tema. Por supuesto, para el especialista de uno u otro tema, de este o aquel periodo en el amplio campo que ha querido cubrir el autor, pueden quedar dudas sobre la documentación elegida, pero es claro que ningún libro de historia o de antropología de las instituciones de la cultura escapa a ellas, porque siempre hay varias opciones.

Hay que dejar bien en claro que el libro no es una investigación sobre la *memoria social* de una sociedad y de sus grupos, es decir, no se sitúa como la experiencia histórica básica de una colectividad. Aunque, esa memoria debe estar por allí, en alguna parte, sirviendo de complejo sustento a lo que el libro entiende como *memoria cultural de la nación*. Para el autor, los principales lugares de formación y de ejercicio de esa memoria cultural, aquella moldeada por las instituciones culturales de la sociedad, son la simbólica del Estado, la vida de los museos y el canon literario. Es a esos espacios a los que él ha ido a buscar, más que los puntos fuertes de una investigación detallada, la comprobación de unas tesis.

El gran periodo de análisis de la obra lo constituyen los siglos XIX y

XX. En ellos ocurre la experiencia posrevolucionaria y republicana que ha dado lugar a la formación de la moderna sociedad colombiana. Y habrá que lamentar ese recorte que deja por fuera los más de tres siglos en los que existió la llamada “sociedad colonial”, porque fue durante ellos que posiblemente se instalaron la religión católica y la monarquía, rasgos determinantes en la memoria de la nación.

En su exposición, ordenada y relativamente clara –a pesar de la remisión constante a debates internacionales que no se sabe si serán siempre del interés del lector–, el autor hace un desarrollo lineal, que a veces tiene demasiado de sobrevuelo y que puede sumir en cierta angustia a los especialistas particulares, pues cada uno encontrará un matiz o una forma de evolución que no se han considerado.

Agreguemos como problema de composición de la obra, que el libro no salda bien el asunto de la unión, por una parte, entre Estado y museo, y por otra, entre literatura y canon literario. En consecuencia, queda la impresión de que se trata de un doble libro, porque por ninguna parte se ve un vínculo entre esa historia de la literatura y las formas de conciencia colectiva posiblemente permeadas por un conjunto de ficciones. Esta impresión se da independientemente de que a la literatura se le interroge sobre la memoria.

Además, en *Avatares de la memoria cultural en Colombia* nada hay sobre lectores, nada sobre público, nada sobre alfabetización o industria editorial.

En el libro desfilan las tesis con orden –en función de la que se quiera demostrar–, aunque con alguna repetición. Primero, la gran incapacidad estatal para dotar a la sociedad de una simbólica común que vaya más allá de los partidos políticos como (pobre) foco de encuadramiento colectivo –tesis hace años bosquejada por Daniel Pécaut, como se recuerda correctamente–; la debilidad congénita de las, por excelencia, instituciones culturales de la memoria (los museos, en la visión de Rincón) y una actividad literaria que, en general, no ha llegado a las raíces de la vida colectiva; que muestra, más bien, un curso rutinario, solo roto en ocasiones por fragmentos e islas,

insuficientes para dibujar una línea de evolución estructuradora de grandes orientaciones espirituales que puedan dar principios de futuro a una sociedad.

Por su conclusión, aunque no por su amplitud de miras y de enfoque, el libro del profesor Rincón recuerda formulaciones que alguna vez sintetizó Juan Gustavo Cobo Borda con la idea de “tradición de la pobreza”. El balance final que parece imponer la obra a sus lectores remite a una visión conocida: la del fracaso de una nación que a lo largo de su primer siglo republicano fue incapaz de organizar una simbólica nacional moderna (podríamos decir *secular*), lo que produjo a principios del siglo XX la peor de todas las soluciones, la solución antimoderna característica: acudir al depósito de la religión católica, restituir de nuevo la idea (europea, desde luego, como lo recuerda Rincón) de la consagración de la nación al Sagrado Corazón.

De nada valieron los esfuerzos posteriores (por ejemplo, los de la llamada “década de los museos”, los pasados años cuarenta) para paliar esa debilidad congénita. La carencia estatal, o la falta de “voluntad política”, o el peso de las instituciones conservadoras siempre se impusieron para que el diseño de las instituciones de la memoria fuera siempre nada más que pobre e incompleto y una prueba del fracaso de la nación.

Como se sabe, la tesis se había propuesto varias veces en el pasado y, en las últimas décadas, se convirtió en un lugar común. Seguramente, expresa un sentimiento amplio de las clases medias intelectuales y universitarias, luego de que las tres décadas comprendidas entre 1980 y 2000 hundieran a una sociedad en uno de sus momentos más fuertes de desesperanza, un periodo que además entronizó la idea de la violencia como única memoria posible de los colombianos.

El libro se cierra con un epílogo dedicado al pasado reciente de la sociedad colombiana. Tal vez el lector quiera pensarlo, más allá de la crítica que corre a todo lo largo del libro, como ejemplo por lo menos posible de que la sociedad sigue albergando algunas fuerzas de cambio y de que por adelantado no se puede decir que muchas cosas cambian para que todo siga igual.

No hay duda de que este libro es sugerente. Intenta reafirmar y ampliar una cierta visión conocida de la historia del país y de los avatares de su memoria. Contiene análisis importantes, aporta documentación nueva, trata de poner en contexto internacional y aun global nuestra historia y presenta, tanto en algunas de sus discusiones particulares, como en el plano de sus formulaciones generales, un punto de discusión que no debe dejarse de lado.

Los historiadores de oficio prefieren reconstrucciones más pausadas, más pegadas a los varios matices de las evoluciones empíricas. Según ellos, esta obra, que el autor designa con razón como de “investigación básica”, pone de presente las virtudes y los riesgos de la llamada crítica cultural posmoderna. Una crítica que, en su perspectiva, se somete a visiones generales de la modernización y la evolución de las sociedades que emergieron de la revolución moderna y que luego ha impuesto la sociología, sin mayores cuidados en este lado del Atlántico.

Avatares de la memoria cultural en Colombia, con su permanente tentación por las síntesis no siempre fundamentadas, recuerda la “historia de tesis” y la interpretación del material histórico sobre la base de un “patrón Occidental de evolución universalizado”, es decir, el “método deductivo”. Lo hace en lugar de un ejercicio de reconstrucción inmanente de un proceso, con atención a sus condiciones de posibilidad.

Renán Silva

Departamento de Historia
Universidad de los Andes